



# AVENTURA EN LA ISLA

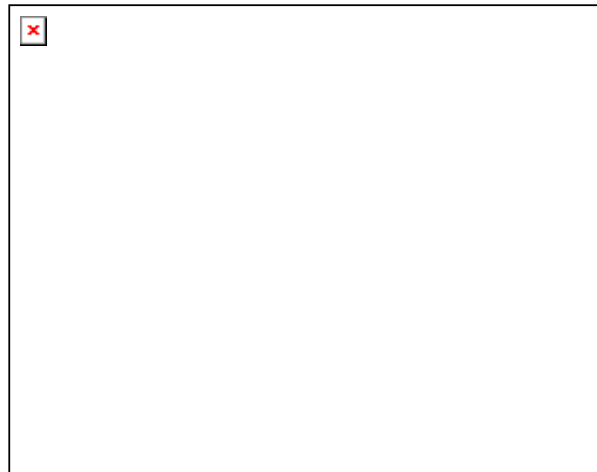
(The Island of Adventure, 1944)

ENID BLYTON

## ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO	
Así empezaron las cosas -----	4
CAPÍTULO II	
Los niños se hacen amigos -----	8
CAPÍTULO III	
Dos cartas... y un plan -----	12
CAPÍTULO IV	
Craggy-Tops -----	16
CAPÍTULO V	
Los niños se instalan en Craggy-Tops -----	20
CAPÍTULO VI	
Los días transcurren -----	24
CAPÍTULO VII	
Un descubrimiento extraño -----	28
CAPÍTULO VIII	
En los sótanos -----	32
CAPÍTULO IX	
Una embarcación extraña -----	36
CAPÍTULO X	
Aventura nocturna -----	40
CAPÍTULO XI	
Bill Smugs -----	44
CAPÍTULO XII	
Un convite... y una sorpresa para Jo-Jo -----	48
CAPÍTULO XIII	
Jo-Jo se lleva otro chasco -----	52
CAPÍTULO XIV	
Fugaz visión de la Isla Lóbrega -----	56
CAPÍTULO XV	
Un suceso extraño y una excursión magnífica -----	63
CAPÍTULO XVI	

Extraños descubrimientos -----	68
CAPÍTULO XVII	
Jo-Jo se enfurece -----	72
CAPÍTULO XVIII	
A la Isla otra vez -----	75
CAPÍTULO XIX	
En las minas de cobre -----	81
CAPÍTULO XX	
Prisioneros bajo tierra -----	85
CAPÍTULO XXI	
La huida, pero... ¿y Jack? -----	89
CAPÍTULO XXII	
Una charla con Bill -----	93
CAPÍTULO XXIII	
Otro pasadizo secreto -----	97
CAPÍTULO XXIV	
Una excursión por debajo del mar -----	101
CAPÍTULO XXV	
Un hallazgo extraordinario -----	105
CAPÍTULO XXVI	
Un mal rato... y un encuentro sorprendente -----	109
CAPÍTULO XXVII	
Se aclaran muchas cosas -----	113
CAPÍTULO XXVIII	
Acorralados -----	117
CAPÍTULO XXIX	
No hay mal ni bien que cien años dure -----	122



## CAPÍTULO PRIMERO

### ASÍ EMPEZARON LAS COSAS

La verdad es que, como extraordinario, no hubiera podido serlo más.

Porque Jorge Mannering, tendido cuan largo era al pie de un árbol e intentando resolver problemas algebraicos, no tenía a nadie, absolutamente a nadie, en su vecindad. Lo que no impedía que oyese claramente una voz que le decía, irritada:

–¿No sabes cerrar la puerta, idiota? ¿Y cuántas veces he de decirte que te limpies los pies?

El muchacho se incorporó y por vez tercera echó a su alrededor una mirada. Ni niño, ni niña; ni mujer, ni hombre. La colina estaba desierta. No había un alma en la ladera, ni por debajo ni por encima de él.

–¿Habrás visto mayor estupidez? –murmuró–. Ni hay puerta aquí para cerrar, ni estera en que limpiarse los pies. No sé quién estará hablando; pero no debe andar muy bien de la cabeza quien sea. Maldita la gracia que me hace. Resulta demasiado extraño encontrarse con una voz que no sale de ninguna parte.

Por el cuello del jersey de Jorge asomó un hociquito pardo: era el de un ratón que figuraba entre los muchos protegidos del niño. Alzó una mano y le acarició la cabecita. El hocico del animal se estremeció de placer.

–¡Cierra la puerta, idiota! –rugió la voz–. Y no sorbas. ¿Dónde tienes el pañuelo?

Aquello sí que no lo pudo soportar.

Respondió, rugiendo a su vez:

–¿Querrás callarte? ¡No estoy sorbiendo! Y... ¿quién eres, vamos a ver?

Ni le contestaron. Jorge se quedó extrañado a más no poder. Resultaba extraño, singular, sobrenatural casi. ¿De dónde salía la extraordinaria voz que tan groseras órdenes daba en aquella ladera soleada, pero por completo desierta?

Gritó otra vez:

–Estoy trabajando. Si quieres hablar, sal de tu escondite y déjame verte.

–Bueno, tío –repuso la voz, hablando, inesperadamente, en tono muy distinto, como excusándose.

–¡Caramba! –exclamó Jorge–. ¡Esto no puedo soportarlo ya! He de dar con la solución del misterio. Si consigo averiguar de dónde sale la voz, quizás encuentre a su dueño.

Volvió a gritar:

–¿Dónde estás? Sal, que yo te vea.

–Si te lo he dicho una vez, te lo he dicho ciento: ¡hazme el favor de no silbar! –contestó con ferocidad la voz.

Jorge se quedó mudo de asombro. Ya no le cupo duda alguna: el dueño de aquella voz estaba loco de remate. Porque él no había estado silbando. Le desaparecieron de pronto todas las ganas de conocer a tan extraña persona. Prefería marcharse a casa sin verla.

Miró con cuidado a su alrededor. Aunque ignoraba cuál era la procedencia de la voz, tenía la impresión de que emanaba de algún lugar a su izquierda. Bueno, se dijo, bajaré la colina por el lado derecho sin hacer ruido ni salir de entre los árboles si es posible: así no podrá verme.

Recogió los libros, se guardó el lápiz, y se alzó con cautela. Una estrepitosa risa le hizo dar un brinco de sobresalto. Se olvidó de ser cauteloso. Echó a correr colina abajo para refugiarse en un macizo de árboles. La risa cesó bruscamente.

Se detuvo al pie de un árbol corpulento y aguzó el oído. Le latió el corazón con violencia. Estaba deseando encontrarse de nuevo en casa.

Sonó la voz de súbito, y ahora por encima mismo de su cabeza.

—¿Cuántas veces he de decirte que te limpies los pies?



Siguió a estas palabras un espantoso chillido, que le hizo soltar los libros, aterrado. Alzó la mirada. En el árbol vecino, un loro magnífico, de plumaje escarlata y gris, agitaba la enorme cresta, contemplándole con ojos muy brillantes, ladeada la cabeza, y haciendo con el curvado pico un áspero sonido.

Jorge miró boquiabierto al pájaro, y éste le devolvió mirada por mirada. Luego, el loro alzó una pata y se rascó, pensativo, la cabeza, sin dejar de agitar la cresta.

—No sorbas —dijo luego con voz natural—. ¿No sabes cerrar la puerta, idiota? ¿Dónde tienes los modos?

—¡Troncho! —exclamó el muchacho, sin poder disimular su asombro—. Conque, ¡eras tú el que hablaba, gritaba y reía! ¡Vaya..., pues me has dado un susto fenomenal!

El loro imitó con sorprendente habilidad un estornudo.

—¿Dónde tienes el pañuelo? —quiso saber.

Se echó a reír el muchacho.

—Eres el pájaro más extraordinario..., el más listo que en mi vida he conocido. ¿De dónde te escapaste? No te había visto nunca.

—Limpíate los pies —contestó con severidad el loro.

Y Jorge se echó a reír.

Se oyó la voz de un niño que llamaba, a voz en grito, desde el pie de la colina.

—¡“Kiki”, “Kiki”, “Kiki”! ¿Dónde te has metido?

El pájaro desplegó las alas, soltó un chillido espeluznante y voló colina abajo, hacia la casa que había en la falda. Jorge le siguió con la mirada.

“El que llamaba era un niño —pensó—. Y lo hizo desde el jardín de Hillfoot House, donde yo me hospedo. ¿Habrá venido aquí a «empollar» también? ¡Ojalá! ¡Con lo bien que estaría tener un pájaro así entre nosotros! Bastante aburrido resulta tener que estudiar en vacaciones. Un loro nos animaría un poco.”

La desgracia de Jorge era haber tenido la escarlatina el curso anterior y a renglón seguido el sarampión. Entre ambas cosas le había quedado muy poco tiempo para los estudios. Como consecuencia de ello, el director del colegio había hecho una proposición a sus tíos: que fuera a pasar unas semanas a casa de uno de sus maestros para adelantar algo de lo perdido. Con gran disgusto del muchacho, su tío había accedido sin vacilar. De ahí que tuviera Jorge que pasarse las

vacaciones de verano estudiando álgebra, geografía e historia en lugar de pasarlo bien con su hermanita Dolly en su casa de Craggy-Tops, junto al mar.

Le era simpático el maestro señor Roy. Pero le aburrían sobremanera los otros dos niños que, por haber estado enfermos también, habían acudido, como él, a que les preparara el señor Roy. Uno de ellos le aventajaba en edad. El otro era un pusilánime a quien tenían aterrado los insectos y animales que Jorge andaba siempre coleccionando o salvando de la destrucción. Porque al muchacho le inspiraban un profundo amor todos los animales, al cual éstos correspondían demostrando una completa confianza en él.

Consumido de un vivo deseo de saber si, en efecto, había ido a engrosar el grupo un nuevo discípulo, bajó apresuradamente la ladera. Si el niño nuevo era amo del loro, tenía que ser una persona interesante; más interesante que el grandullón y zafio Sam, y más divertido que el lloricón de Oliver.

Abrió la puerta del jardín y se detuvo boquiabierto al ver allí a una muchacha, no muy mayor, por cierto; quizá de unos once años. Tenía el cabello rizado y rojo, los ojos verdes, el cutis blanco y cubierto de centenares de pecas. Miró a Jorge.

–¡Hola! –dijo éste, encontrando agradable el aspecto de la niña, que vestía pantalón corto y jersey–. ¿Has venido tú aquí también?

–Así parece –respondió ella, sonriendo–. Pero no he venido a estudiar. Sólo vine a esta casa para acompañar a Jack.

–¿Quién es Jack? –inquirió Jorge.

–Mi hermano. Tiene que “empollar”. ¡Si hubieras visto las notas que le dieron a final de curso! Era el último en todo. Es muy listo en realidad, pero es que no le da la gana de molestarse. Dice que va a ser ornitólogo; conque, ¿a qué perder el tiempo aprendiéndose fechas y cabos y poemas y cosas por el estilo?

–¿Qué es un... un... eso que dijiste? –preguntó el muchacho, admirándose de cómo era posible tener tantas pecas en la nariz como tenía aquella niña.

–¿Ornitólogo? Oh, uno de esos que son aficionados a los pájaros y los estudian. ¿No lo sabías? Jack está loco por los pájaros.

–Debiera ir a vivir donde yo vivo, entonces. Es una parte muy solitaria y salvaje de la costa, y hay pájaros marinos a montones. También me gustan a mí, pero no sé gran cosa de ellos. Escucha, ¿es de Jack ese loro?

–Sí. Hace cuatro años que lo tiene. Se llama “Kiki”.

–¿Y ha sido él quien le ha enseñado a decir todas esas cosas? –quiso saber Jorge.

Jack podría ser el último de la clase, se dijo, pero en eso de enseñar a hablar a los loros, se hubiese llevado el primer premio.

–¡Oh, no! –respondió la niña, sonriendo–. Todas esas palabras las ha ido aprendiendo “Kiki” de oírse las decir a nuestro tío..., el viejo de más mal humor del mundo, yo creo. Nos hemos quedado huérfanos de padre y madre. Conque vamos a pasar las vacaciones a casa de tío Godofredo y... ¡qué poca gracia le hace! Su ama de llaves tampoco nos quiere, conque no lo pasamos nada bien. Pero mientras yo tengo a Jack y Jack tenga a sus queridos pájaros, somos felices.

–Supongo que a Jack le mandarían aquí para que aprendiese algo más, como yo –dijo Jorge–. Tú estás de suerte. Podrás jugar, irte de paseo, hacer lo que te dé la gana mientras nosotros sudamos estudiando.

–No lo creas. Yo me quedaré al lado de Jack. No puedo estar con él cuando va al colegio, conque no pienso renunciar a su compañía durante las vacaciones. A mí me parece un niño maravilloso.

–Cosa que a mi hermana no le sucede conmigo –dijo Jorge–. Siempre estamos riñendo. Hola..., ¿es éste Jack?

Un niño subía por el sendero hacia Jorge. Llevaba posado en el hombro izquierdo al loro “Kiki”, que le frotaba la oreja con el pico mientras murmuraba algo. El muchacho le rascó la cabeza y miró

a Jorge con unos ojos tan verdes como los de su hermana. Aún era más rojo su pelo. Y tenía tan llena de pecas la cara, que hubiese resultado imposible encontrar un espacio libre. Parecía tener las pecas unas sobre otras.

–¡Hola, Pecas! –dijo Jorge, sonriendo.

–¡Hola, Copete! –le respondió Jack, sonriendo a su vez.

Jorge se llevó una mano a la cabeza y se tocó el mechón de pelo que tenía delante y que siempre estaba de punta. Por mucho que lo mojara y cepillase, nunca conseguía que permaneciera mucho rato aplastado.

–Límpiate los pies –ordenó con severidad “Kiki”.

–Me alegro de que encontraras a “Kiki” –dijo la muchacha–. No le gustó venir a un sitio extraño y por eso se escaparía, seguramente.

–No andaba muy lejos, Lucy –le respondió su hermano–. Apuesto a que Copete se llevaría un susto si le oyó en la colina.

–¡Ya lo creo que me lo llevé!

Y Jorge les contó lo ocurrido. Rieron los dos de buena gana, y “Kiki” les hizo coro, riendo como un ser humano.

–Troncho, me alegro de que Lucy y tú hayáis venido aquí –anunció Jorge, sintiéndose feliz por primera vez en muchos días.

Los hermanos pelirrojos y ojiverdes le resultaron la mar de simpáticos. Serían amigos. Les enseñaría sus animalitos. Saldrían de paseo juntos. Jack tendría unos años más que Lucy; Jorge le calculó unos catorce, que era, por cierto, una miajita más de los que tenía él. Lástima que no estuviese Dolly con ellos para completar el cuarteto. Dolly, con sus doce añitos, encajaría divinamente en el grupo. Aunque quizá lo revolucionara un poco de vez en cuando con sus arranques de impaciencia y su inclinación a ser pendenciera.

“¡Cómo se diferencian Lucy y Jack de nosotros!”, pensó Jorge.

Saltaba a la vista que Lucy adoraba a su hermano. ¡A cualquier hora iba a estar Dolly pendiente de sus labios, ávida de hacer cuanto él la mandase, de llevar y traer por cuenta suya, como hacía Lucy cuando de Jack se trataba!

“Pero, claro –pensó–. No todo el mundo es igual. Dolly es una buena chica aunque riñamos y nos peleemos. Debe de estarlo pasando bastante mal en Craggy-Tops sin mi compañía. Apuesto a que tía Polly la está haciendo trabajar de lo lindo.”

Resultó agradable en grado sumo la hora del té aquella tarde. “Kiki”, posado sobre el hombro de Jack, hacía, de vez en cuando, comentarios. Lucy, con un destello en los verdes ojos, se distraía haciendo rabiarse al grandullón de Sam y reprendiendo al displicente Oliver. Decididamente, las cosas iban a animarse un poco ahora.

Y así fue, en efecto. Estando allí Jack y Lucy, resultaba “mucho” más divertido empollar durante las vacaciones.

## CAPÍTULO II

## LOS NIÑOS SE HACEN AMIGOS

El preceptor cumplía concienzudamente con su deber, que era el de preparar a los niños. Aquella mañana les repitió las lecciones vez tras vez, explicándoselas con una paciencia infinita para asegurarse de que todos lo hubiesen comprendido. Exigió –y obtuvo– una atención religiosa. De todos. Menos de uno. Porque Jack era incapaz de prestar atención alguna a cosa que estuviese desprovista de plumas.

–Si estudiaras la geometría con tanta afición como ese libro de aves –se quejó el señor Roy–, serías siempre el primero de la clase. Me exasperas, Jack Trent, me exasperas. Y sólo Dios sabe hasta qué punto.

–Usa el pañuelo –intervino el loro con impertinencia.

El preceptor hizo un chasquido con la lengua.

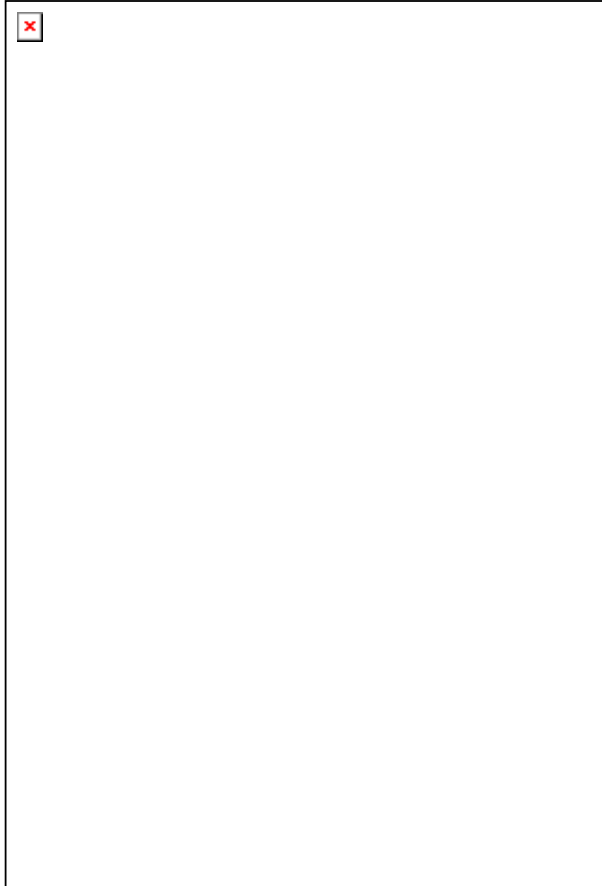
–El día menos pensado –dijo– le retorceré el cuello a ese pájaro. Entre tú, que dices que no puedes estudiar si no tienes a “Kiki” sobre el hombro, y Jorge, que va cargado siempre de bichos desagradables, esta clase se va haciendo más insoportable cada día. Lucy es la única que adelanta. Y eso que ella no ha venido aquí para estudiar.

A Lucy le gustaba estudiar. Era su delicia verse sentada junto a su hermano. Y le encantaba intentar hacer las tareas que a éste le encomendaban. Mientras él soñaba en pájaros como bubias y corvejones, ella resolvía los problemas que veía anotados en su cuaderno.

También disfrutaba contemplando a Jorge, porque nunca sabía qué animalito iba a asomarle por la manga, el cuello o el bolsillo. El día anterior, y con gran disgusto del señor Roy, se le había escapado de la manga una oruga enorme y de singular colorido. Y aquella misma mañana la rata que le salió del bolsillo en viaje de exploración había tenido la peregrina ocurrencia de metérsele por la pernera del pantalón al maestro.

El suceso trastornó a toda la clase durante los diez minutos que se pasó el señor Roy intentando desalojarla. Nada de particular tenía, pues, que se hallase de un humor de mil diablos. Por regla general era un hombre amable y cargado de paciencia; pero dos muchachos como Jack y Jorge hubiesen sido capaces de hacer perder la paciencia a un santo.

Las mañanas se las pasaban siempre trabajando con ahínco. Las tardes las dedicaban a prepararse para el día siguiente y a hacer los deberes. Tenían completamente libre el atardecer. Como sólo eran cuatro los niños que habían ido a repasar sus estudios, el preceptor podía atenderles individualmente y concentrarse en aquellas cosas que aún no se sabían. El señor Roy disfrutaba de merecida fama por sus muchos éxitos, pero aquellas vacaciones no estaban dando tan buenos resultados como esperaba.





Sam, el grandullón, era estúpido y lento. Oliver se mostraba displicente, se compadecía a sí mismo y parecía muy poco dispuesto a trabajar siquiera. Jack era el colmo. Prestaba tan poca atención a veces que casi parecía una pérdida de tiempo intentar enseñarle. No pensaba en otra cosa que en los pájaros.

“Si yo tuviese plumas –pensó el señor Roy–, seguramente haría cuanto le dijese. Jamás he conocido a persona que esté más loca por las aves. Apuesto a que se conoce de memoria los huevos de todos los pájaros del mundo. Tiene inteligencia; pero no quiere aplicarla más que a las cosas que le interesan.”

Jorge fue el único que dio muestras de hacer algún progreso, aun cuando también ponía la paciencia a prueba con sus extraños protegidos. ¡Aquella rata! El preceptor se estremeció al pensar en la sensación que experimentara al treparle el animal pierna arriba.

En verdad, la única persona que trabajaba debidamente era Lucy, que ninguna necesidad tenía de hacerlo. Sólo había acudido allá porque no podía separarse de su singular hermano.

Jack, Jorge y Lucy no tardaron en hacerse muy buenos amigos. El amor que todos los seres vivos les inspiraban, sirvió para unir a Jack y a Jorge. Era la primera vez que Jack tenía un amigo, y las bromas y puyas de Jorge le hacían disfrutar. A Lucy también le era simpático Jorge, aun cuando, a veces, sentía celos al darse cuenta de la simpatía que le estaba cobrando Jack. “Kiki” estaba enamorado de Jorge y ronroneaba de una forma muy curiosa al rascarle el muchacho la cabeza.

–¡No sorbas! –exclamó, en tono de reproche.

Y, claro, los niños empezaron a reírse. Conque el señor Roy prohibió que metieran en clase al loro. Con lo cual no hizo más que empeorar las cosas. Porque “Kiki”, furioso de que le dejaran en el jardín, privándole de que se posara en el hombro de su querido amigo, se instaló en unos arbustos junto a la entreabierta ventana, emitiendo punzantes comentarios que parecían dirigidos contra el pobre señor Roy.

–¡No digas tonterías! –ordenó cuando el preceptor explicaba unos hechos de la historia.

El señor Roy soltó un resoplido de exasperación.

–¿Dónde tienes el pañuelo? –inquirió “Kiki”.

El maestro se acercó a la ventana y gritó y agitó los brazos para ahuyentar al loro.

–¡Malo, malo! –dijo “Kiki”, sin moverse de su sitio–. Te mandaré a la cama. Eres un niño muy malo.

Con un pájaro así no podía hacerse nada. Conque el señor Roy se dio por vencido y permitió que el loro se posara otra vez en el hombro de Jack. El muchacho estudiaba mejor teniendo el pájaro cerca, y “Kiki” molestaba menos en clase que fuera. Lo que no era óbice para que el señor Roy estuviese deseando que se terminaran las clases y de que los cuatro niños y la niña regresaran a sus respectivos hogares, junto con el loro y la pléyade de alimañas de Jorge.

Jorge, Jack y Lucy dejaban a Sam y a Oliver solos todas las tardes después del té, y se marchaban juntos. Los muchachos hablaban de todos los pájaros y de todos los animales que habían conocido, y Lucy se limitaba a escuchar, dando traspies en sus esfuerzos por no quedar atrás. Por muy lejos que anduvieran o por pendientes que fuesen las cuestas escaladas, la niña les seguía. No tenía la menor intención de perder de vista a su querido hermano.

A Jorge le impacientaba Lucy a veces.

–¡Caramba! ¡Cuánto me alegro de que Dolly no me siga a todas partes como sigue Lucy a Jack! –pensaba–. No sé cómo lo aguanta Jack.

Pero Jack lo aguantaba. Aun cuando rara vez parecía fijarse en Lucy y se pasaba ratos muy largos sin dirigirle la palabra, nunca se mostraba impaciente con ella, ni irritado, ni daba muestras de enfado. Después de los pájaros, pensó Jorge, lo que más quería era a Lucy. Bueno, menos mal que alguien la quería, después de todo. No parecía llevar una existencia muy agradable.

Los tres niños se habían contado sus historias.

–Nuestros padres han muerto –dijo Jack–. No los recordamos. Se mataron en un accidente de aviación. Nos mandaron a vivir con nuestro único pariente, tío Godofredo. Es viejo, tiene muy mal humor, y siempre nos está regañando. A su ama de llaves, la señora Miggles, le hace muy poca gracia que vayamos a su casa a pasar las vacaciones. Y puedes formarte una idea de qué clase de vida llevamos con sólo escucharle a “Kiki” ¡Límpiate los pies! ¡No sorbas! ¡Cámbiate de zapatos inmediatamente! ¿Dónde tienes el pañuelo? ¿Cuántas veces te he dicho que no silbes? ¿No sabes cerrar la puerta, idiota?

Jorge se echó a reír.

–Si “Kiki” es fiel eco de lo que se dice en vuestra casa –dijo–, debéis pasarlo bastante mal. Tampoco lo pasamos nosotros demasiado bien; pero sí mejor que vosotros.

–¿También se han muerto vuestros papas? –inquirió Lucy, mirando a Jorge con ojos verdes tan sin parpadear como los de un gato.

–Nuestro papá murió... y no dejó dinero. Pero tenemos madre. Sólo que no vive con nosotros.

–¿Por qué no? –preguntó Lucy, con sorpresa.

–Porque trabaja. Gana suficiente dinero con su colocación para pagar el colegio y nuestra manutención durante las vacaciones. Dirige una agencia artística..., carteles, cuadros y todo eso, ¿sabes? Se los encarga a artistas y cobra una comisión en las ventas. Vale mucho como mujer de negocios..., pero la vemos muy poco.

–¿Es simpática? –preguntó Jack.

No habiendo tenido madre, que recordase, siempre le interesaban las de otros.

Jorge movió afirmativamente la cabeza.

–¡Es magnífica! –repuso, pensando en su mamá, tan linda y de ojos tan perspicaces.

Se sentía orgulloso de su habilidad y su talento; pero experimentaba cierta tristeza al recordar su aspecto de cansancio cuando les hacía alguna rápida visita. Un día, pensó Jorge, un día sería “él” quien fuera inteligente, quien ganara dinero y sostuviera la casa y le hiciese más llevadera la vida a su mamá, que tanto trabajaba.

–¿Vivís con un tío, como nosotros? –preguntó Lucy, acariciándole la cabeza a una minúscula ardilla que había asomado de pronto por uno de los bolsillos del muchacho.

–Sí. Dolly y yo pasamos las vacaciones siempre con tío Jocelyn y tía Polly. Tío Jocelyn es de todo punto imposible. Siempre anda comprando papeles viejos, y libros, y documentos, para estudiarlos y archivarlos luego. Está dedicando su vida a escribir la historia de la parte de la costa en que vivimos..., hubo batallas allí en otros tiempos... y matanzas e incendios... Es la mar de emocionantes. Está escribiendo la historia entera. Pero como necesita un año entero para averiguar con seguridad cada detalle, tendrá que vivir cuatrocientos o quinientos años para escribirla.

Los otros se echaron a reír. ¡Qué manera de perder el tiempo!, pensó Lucy. Se preguntó cómo sería tía Polly.

–¿Cómo es tu tía? –inquirió.

Jorge hizo una mueca.

–Un poco agria –repuso–. No es mala persona, en realidad. Tiene demasiado trabajo, poco dinero y ninguna ayuda, salvo la del viejo Jo-Jo, una especie de criado que tenemos. Hace trabajar a la pobre Dolly como si fuese una esclava. Pero no ha podido conmigo. Yo me niego a hacerlo y ha acabado por dejarme por imposible. Pero Dolly le tiene miedo y le hace más caso que yo.

–¿Cómo es tu casa? –preguntó Lucy.

–Un edificio muy raro, que tiene siglos de existencia. Está medio en ruinas. Es la mar de grande y sopla el viento por todas partes. Se alza a media pendiente de un acantilado, y cuando hay tormenta, el agua pulverizada casi lo inunda. Pero a mí me encanta. Es agreste y solitario, y siempre se oyen a su alrededor los gritos de las aves marinas. Te entusiasmaría. Pecas.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

